



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



LA IGLESIA, PÍO XII Y LOS JUDÍOS EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

INTRODUCCIÓN

¿Por qué detenemos la actividad parroquial en sábado cuando dicha actividad es más intensa? Lo hacemos para hacer memoria, porque somos un pueblo que vive de hacer memoria, “Haced esto en memoria mía”, dice el Señor:

Debemos hacer memoria porque la “amnesia” es hacerle lugar al enemigo y nos torna frágiles, indefensos e injustos.

Queremos hacer memoria porque los silencios sobre personas y acontecimientos del pasado de la Iglesia nos pertenecen; hacemos memoria para ser justos, hacemos memoria para vencer la mentira; por último, hacemos memoria como una humilde iniciativa, en ocasión del 50º aniversario de la muerte del Siervo de Dios el Papa Pío XII. “En él confluyen diversas situaciones históricas de carácter revelante: las dos guerras mundiales, el genocidio de los judíos, la ocupación comunista de varias naciones cristianas, la “Guerra fría”, las nuevas conquistas de la ciencia, las innovaciones de algunas escuelas teológicas” (Mons. Salvatore Fisichella).

Su magisterio es extenso y rico, expresado fundamentalmente en sus cuarenta y tres encíclicas.

El tema que puntualmente vamos a tratar es el rol que este Papa desarrolló a favor de los prisioneros de la Segunda Guerra Mundial, especialmente con los judíos.

Hoy se sigue acusando a Pío XII de haber guardado un culposo silencio sobre el Holocausto, construyéndose desde la mentira una auténtica “leyenda negra” en torno al Papa Pacelli.

Todo comenzó cuando el Papa Pablo VI decidió que se iniciara el proceso de beatificación de Pío XII y Juan XXIII. Surgió entonces una guerra, primero disimulada y después descarada contra el primer Papa.

Todo se inicia con una obra de teatro, bajo el título de “El Vicario” escrito por Rolf Hochhuth, luterano. Dicha obra que ofende los sentimientos de los católicos fue rechazada por un único país: Israel; y generó una “Leyenda Negra” sobre Pío XII.

Otra obra más reciente, que alimenta esta “Leyenda Negra”, es un libro del periodista británico John Cornwell: “El Papa de Hitler”. La portada de dicho libro representa al arzobispo Pacelli saliendo de un edificio del gobierno alemán, escoltado por dos soldados. Esta visita oficial del entonces nuncio tuvo lugar antes de 1929, es decir, cuatro años antes de que Hitler llegara al poder (30 de enero de 1933) Como Pacelli salió de Alemania en 1929 y nunca regresó, el uso de esta fotografía es engañoso y tendencioso.

El jesuita Meter Gumpel, uno de los grandes historiadores mundialmente reconocido en materia de relaciones Iglesia—Estado, en Alemania afirma: que “el autor es sin duda alguna un *amateur* en el campo de la historia, derecho canónico, etc., y ha producido un libro superficial, muy mal hecho y completamente indigno de confianza. Objetivamente hablando es parcial, tendencioso y tan unilateral que uno se pregunta cuál es el verdadero motivo que llevó a este hombre a escribir este libro”

Ambos autores son una falsificación deliberada de la historia.

Después de que Rolf Hochhuth presentó su obra “El Vicario”, en 1963, el cardenal Montini escribió una fuerte carta de la que hablaremos más adelante, en defensa de Pío XII, pocos días antes de que él mismo fuera electo Papa.

Juan Pablo II, cuando un periodista le preguntó por el (supuesto) “Silencio” sobre el Holocausto por parte de Pío XII, reaccionó agudamente y aconsejó al periodista que leyera las obras del padre Blet, que es una clara y científica defensa de Pío XII.

Ante la campaña desencadenada contra Pío XII, el padre Blet explica que “para contraponer la historia a la leyenda, Pablo VI, que había sido uno de los más estrechos colaboradores de Pío XII decidió que se investigara el archivo sobre la Segunda Guerra Mundial y fueran publicados los documentos relativos a la guerra”

.El padre Blet escribió un libro, que es un compendio de la información recopilada por él y otros tres jesuitas en los archivos secretos del Vaticano y que publicaron entre 1965 y 1981 en doce volúmenes titulados “Actos y Documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial”. Es la fuente más importante para nuestro tema.

LA IGLESIA Y LA IDEOLOGÍA NACIONALSOCIALISTA

La Pascua de 1937 está señalada por la aparición de tres documentos trascendentales de carácter político: la condenación del racismo nazi en la “Mit brennender Sorge” (“con viva preocupación”), la condenación del comunismo ateo en la “Divini Redemptoris” y la regulación de la situación religiosa de Méjico en la “Firmissiman Constantiam”. La Iglesia definía así su postura contraria a toda dictadura que desconoce los derechos fundamentales de Dios, de la Iglesia y de la persona humana.

La encíclica de Pío XI “Mit Brennender Sorge” fue la confirmación oficial de la protesta contra el carácter totalitario del gobierno alemán.

Frente al mito de la sangre y de la raza, el Papa no sólo defiende el orden estrictamente sobrenatural, su Encíclica es además una decisiva apología de la razón natural, de la libertad y dignidad naturales de la persona humana.

La Encíclica de Pío XI tiene su prolongación y conclusión impresionantes en la alocución dirigida por Pío XII a los Cardenales el 2 de junio de 1945, sobre la Iglesia y el nacionalsocialismo. Lo que en la “Mit Brennender Sorge” es aviso profético, en la alocución de Pío XII queda convertido en providencialista comprobación histórica.

Pío XII, en dicha alocución dejaba en claro que intentados en vano todos los caminos de la persuasión, se vio con toda evidencia frente a las deliberadas violaciones de un pacto solemne (Concordato de 1933) y frente a una persecución religiosa disimulada o manifiesta, pero siempre realizada con dureza. El domingo de Pasión de 1937 en la Encíclica “Mit Brennender Sorge”, Pío XII reveló a la vista del mundo lo que el nacionalsocialismo era en realidad: la apostasía orgullosa de Jesucristo, la negación de su doctrina y de su obra redentora, el culto de la fuerza, la idolatría de la raza y de la sangre, la opresión de la libertad y de la dignidad humana (cfr. “Pío XII Disc.2 VI 1945”)

La Encíclica es muy clara cuando afirma: “Quien eleva la raza o el pueblo, o el Estado a una determinada forma de Estado, los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana o suprema norma de todo, aún de los valores religiosos, y los diviniza con culto idolátrico, pervierte y falsea el orden de las cosas creado y querido por Dios. (Mit Brennender Sorge”).

La reacción en Alemania, contra la Iglesia Católica fue grande y “ese año (1937) fue un año de indeseables amarguras y de terribles tempestades”. (Pío XII Disc.)

Pío XII continúa en la línea de Pío XI y él mismo afirma que “durante la guerra no hemos cesado especialmente en nuestros mensajes, de contraponer a las destructoras e inexorables aplicaciones de la doctrina nacional-socialista, que llegaba hasta valerse de los más refinados métodos científicos para torturar y suprimir personas con frecuencia inocentes, las exigencias y las normas indefectibles de la humanidad y de la fe cristiana” (Id).

Pío XII menciona el sufrimiento, que por su número y dureza, padecieron en primera línea los sacerdotes polacos. “De 1940 a 1945 fueron reclusos en el mismo campo dos mil ochocientos eclesiásticos y religiosos de aquella nación, entre los cuales el obispo auxiliar de Wladislavia, que murió allí de tifus. En abril pasado guardaban solamente allí ochocientos dieciséis. Los demás habían muerto (.....).

En el verano de 1942 se dio el número de cuatrocientos ochenta ministros de culto, de lengua alemana, reclusos allí, de los cuales cuarenta y cinco eran protestantes y todos los demás católicos” (Id)

PÍO XII Y LOS JUDÍOS

Durante la Segunda Guerra Mundial y hasta cinco años después de su muerte (9 de octubre de 1958), Pío XII fue muy elogiado por toda clase de organizaciones judías.

Lo hicieron también los grandes rabinos de varios países, especialmente de EEUU.

Los que han estudiado el tema con profundidad opinan que una protesta pública no hubiera salvado la vida de un sólo judío. Sólo hubiera agravado la persecución de judíos y católicos. Es bien conocido que ninguna organización ha salvado tantos judíos como la Iglesia Católica y esto por orden oficial de Pío XII

Deberíamos preguntarnos por qué el proyecto de acorrallar a ocho mil judíos romanos fue repentinamente interrumpido después que unos mil fueron capturados en octubre de 1943.

La respuesta está en saber que por orden de Pío XII se entabló contacto con el comandante militar alemán en Roma, el general de brigada Rainer Stahel, un oficial austriaco de la antigua escuela. Este hombre, muy humano, envió un fonograma a Heinrich Himmler (a cargo de la GESTAPO). Varias fueron las razones para esta comunicación, pero lo más importante fue su indignación por los actos criminales de la GESTAPO y su compasión por los judíos.

Su intervención tuvo éxito. Himmler inmediatamente ordenó detener las deportaciones. De esta manera, miles de judíos podían ser escondidos por orden de Pío XII en el Vaticano y en más de ciento cincuenta instituciones eclesiásticas en Roma.

Pero la acción de Pío XII no se limitó a Roma y a Italia. En 1944, Hungría—que hasta entonces, pese a una severa legislación racial, había ofrecido refugio relativamente seguro incluso a los judíos que escaparon de Polonia y Eslovaquia —fue poco a poco siendo ocupada por las tropas alemanas y se convirtió en uno de los países donde fue más atroz la persecución homicida nazi. En aquellos meses de ocupación la nunciatura redactó y distribuyó a los judíos entre veinticinco y treinta mil “cartas de protección”, con las que se podía evitar la deportación. La nunciatura trató de salvarlos a todos, sin distinción de religión, bautizados o no.

Pío XII, bajo la responsabilidad de Monseñor Montini (futuro Pablo VI) creó una oficina de información que transmitía noticias de los prisioneros y de los desaparecidos.

Miles de judíos y otras personas perseguidas por los nazis encontraron abrigo en las instituciones pontificias y en los conventos. Y dio la orden de ayudar a los judíos de manera valiente y discreta.

Paolo Miele, fue uno de los más ilustres protagonistas del periodismo italiano. Judío implacable ante la terrible tragedia del holocausto. Su familia tuvo que pagar un doloroso precio de sangre, en la presentación del libro “Pío XII. El Papa de los judíos” (Pío XII el papa “degli ebrai” Piomme, 2001) escrito por Andrea Tornielli, experto en asuntos vaticanos del diario milanés “Il Gornale”. Miele afirmaba: “Vengo de una familia de origen judío y he tenido parientes que murieron en los campos de concentración. Por lo tanto hablo de todo esto con mucha dificultad”, y agregaba que “Pío XII y la Iglesia, que tanto dependía de él, hicieron muchísimo por los judíos. Se calcula que algo menos de un millón, entre setecientos mil y ochocientos mil judíos fueron salvados por la Iglesia y ese Pontífice”

Este periodista judío decía: "los historiadores israelitas, por ejemplo se preguntan por qué los judíos de Palestina fueron por así decir "sordos" ante lo que estaba sucediendo en Europa. ¿Por qué se dieron casos de colaboracionismo en los campos de concentración que objetivamente facilitaron el exterminio?"

Ante las razones por las que Pío XII se ha convertido en el blanco de tantos ataques, Mioli afirmaba: "uno de los motivos por lo que este importante Papa fue crucificado se debe al hecho que tomó parte contra el universo comunista de manera dura, fuerte y decidida"

LOS CRISTIANOS COMPROMETIDOS CON LA CAUSA DE PÍO XII EN FAVOR DE LOS JUDÍOS

Como dijimos, los judíos eran recibidos por distintas instituciones de la Iglesia; con la ocupación de Roma por el ejército alemán se agravó aún más la situación del Papa. Se confiscaron los coches del Vaticano, se dificultaron las comunicaciones telegráficas con los mismos obispos italianos (...) Brilló entonces más aún el heroísmo del Papa. Además de los ocho mil judíos que vivían en Roma, se añadieron los miles que huían de toda Italia para refugiarse bajo el amparo del Papa. La respuesta de Pío XII fue ordenar a todas las parroquias, conventos, monasterios, que recibieran a todos los judíos que se presentaran. Dispensó de la clausura a todas las casas religiosas. Solamente en Castel Gandolfo albergó a tres mil. Refugio seguro fueron la Universidad Gregoriana y el Pontificio Instituto Bíblico de los P.P. Jesuitas, las Hermanas de Sión, las Hermanas de la Caridad con sus asilos y ¡hasta en las catacumbas, propiedad de la Iglesia, tuvieron asilo familias judías enteras!

En Asís los franciscanos convirtieron sus conventos y el Seminario y la misma Catedral, por obra del obispo Nicolino, en una población judía libre bajo la ocupación nazi. La ingeniosa ocurrencia de una monja de clausura impidió el registro de las fuerzas alemanas en su convento. Pusieron en la puerta un gran letrero: "Enfermedades Infecciosas". Salvaron así centenares de judíos escondidos.

En toda Europa ocupada, la cifra de sacerdotes y religiosos torturados y asesinados rebasó el número de seis mil. Según fuentes católicas, los judíos salvados por Pío XII son alrededor de setenta mil. Sin embargo, las mismas fuentes israelíes nos hablan de más de doscientos mil judíos salvados por los católicos de una muerte cierta.

En el convento de las Hermanas Ntra. Sra. de Sión, en Vía Garibaldi fueron salvados ciento ochenta y siete judíos. Por el testimonio de una religiosa, Sor Dora Rutar, sabemos que la Casa se llenó, "la gente dormía en el suelo, la Superiora recibía a todo el que golpeaba la puerta porque eso significaba salvarle la vida".

Esta situación duró nueve meses y comenzaron las dificultades: no tenían bastante comida y pidieron ayuda al Vaticano. Fue así como Monseñor Bellando, Monseñor Montini y Sor Pascualina (durante cuarenta años secretaria particular de Pío XII) organizaron el abastecimiento de comida. Así una furgoneta salía cada día del Vaticano para repartir alimentos a los Conventos y comunidades donde había judíos escondidos. La conductora era la misma Sor Pascualina y la furgoneta sólo podía moverse dentro de la ciudad. Pero Pío XII consiguió un camión para poder repartir alimentos fuera de la ciudad. El chofer de ese camión era Monseñor Montini, futuro Pablo VI. Sin la ayuda del Vaticano hubiera sido imposible dar de comer a todos. En un momento dado se creó el problema de impedir eventuales irrupciones de soldados alemanes. La Secretaria de Estado dio una hoja en la que estaba escrito "Propiedad del Vaticano", de manera que se pudiera impedir cualquier inferencia.

Sor Agustina, superiora de este convento, fue reconocida por el pueblo judío con el título de Justa entre las Naciones.

En esta labor la Iglesia sufrió bajas. En toda Europa los religiosos deportados a los campos fueron más de cinco mil quinientos. Según el "Martirologio" del clero italiano fueron setecientos veintinueve los sacerdotes, seminaristas y hermanos laicos que perdieron la vida

en el período que va de 1940 a 1946. De las setecientas veintinueve víctimas no menos de ciento setenta sacerdotes fueron asesinados en las represalias durante la ocupación por haber ayudado a antifascistas y judíos. Muchos fueron golpeados, torturados hasta la muerte, fusilados, colgados y degollados por los nazifascistas.

Cuando el vicario de la Catedral de Santa Eduvigis de Berlín, levantó su voz de protesta por los atropellos contra los judíos fue llevado al campo de concentración de Dachau, donde murió. Un miembro de la GESTAPO, entre sorprendido y rencoroso, dijo ante testigos: “Este cura terco rezó al morir por los judíos”

Lo mismo ocurrió en Francia, donde el P. Dillard murió en Auschwitz por defender judíos

Entre los héroes olvidados está Giovanni Palatucci, el último cuestor italiano de Fiumi Ferviente católico. Dio su propia vida por salvar a más de cinco mil judíos, liberados de la deportación a los campos de exterminio, enviándolos a un campo de trabajo de un tío suyo, Monseñor Giuseppe Palatucci, obispo de Compagna (Salerno). En realidad no era un campo de trabajo sino un pueblo de colonos donde las familias perseguidas se pudieron refugiar evitando las redadas de los nazis. Permaneció en su puesto hasta el final, a pesar de haber sido advertido de que su arresto era inminente. Fue deportado a Dachau, donde fue torturado y asesinado el 10 de febrero de 1945 a pocos días de la liberación.

En 1990 Palatucci fue honrado como justo entre las Naciones. Un verdadero Schindler italiano.

Este auxilio también se llevaba a cabo en los países ocupados por los nazis, tanto en Francia como en Rumania, en Bélgica como en Hungría.

SÓLO EL PAPA PROTESTÓ EN LA FERROZ PERSECUCIÓN

En el otoño de 1940 durante la gran persecución del clero católico en Polonia, fue el momento glorioso del religioso Maximiliano Maria Kolbe. En 1941 la Santa Sede tenía conocimiento de que setecientos sacerdotes católicos habían sido ejecutados en los campos de concentración, y que más de tres mil se encontraban allí aún vivos. En esa misma fecha, el Vaticano protestó no solamente por los sacerdotes católicos, sino por la ejecución en Alemania de los incapaces, sordomudos, y heridos de guerra. En Alemania no existían heridos irrecuperables. Quien únicamente protestó fue Pío XII.

Eran tiempos de persecución de judíos en Alemania y países ocupados por los nazis.

¿HABLAR O CALLAR?

No fue fácil la elección de denunciar las atrocidades contra los judíos, o guardar silencio.

Ante la actitud de denuncia del clero holandés contra el atropello a los judíos se aceleró la deportación de los judíos de sangre y religión, se deportó también a los judíos bautizados, entre ellos a Edith Stein y a su hermana.

Sor Pascalina Lehnert, asistente de Pío XII, contó que “los periódicos de la mañana fueron puestos en el estudio del Santo Padre, mientras él estaba a punto de ir a la audiencia. Leyó los títulos y se puso pálido como un muerto. Una vez de vuelta de la audiencia, antes de ir al comedor vino a la cocina con dos grandes hojas, con mucho texto y dijo: **“Quiero quemar estas hojas. Es mi protesta contra la terrible persecución antijudía. Esta tarde debía de haber aparecido en L’Osservatore Romano. Pero si la carta de los obispos holandeses ha costado la vida a 40 mil personas, mi protesta costará quizás doscientas mil. Por eso es mejor no hacerlo de forma oficial y guardar silencio, como he hecho hasta ahora, y hacer todo lo humanamente posible por esta gente”**

Muchos judíos convencieron también al Papa que actuara en silencio, como los centenares de judíos huidos de Berlín y de otras ciudades alemanas, que fueron al Vaticano

para convencer a Pío XII de que no hiciera protesta alguna. El mismo consejo llegó de los obispos alemanes.

También la Cruz Roja Internacional y el Consejo Ecuménico de las Iglesias coincidieron con la Santa Sede en que era mejor guardar silencio para no poner en peligro los esfuerzos a favor de los judíos. Pero nadie atacó al Consejo Ecuménico de las Iglesias y a la Cruz Roja Internacional por su “silencio” ante el Holocausto.

TESTIMONIOS

El primer testimonio surge de los archivos israelíes. Es una carta fechada en el Vaticano el 27 de octubre de 1945, firmada nada menos que por el entonces funcionario de la Secretaría de Estado Monseñor Giovanni Battista Montini y remitida a Raffaele Contoni, presidente de la Comunidad Judía Italiana.

En ese escrito, Monseñor Montini, da cuenta con todo lujo de detalles a Contoni de la conversación mantenida por el Papa Pacelli con el secretario general del Congreso Mundial Judío, Leo Kubwitsky, quien—tras haber donado a la Iglesia Católica en nombre de su organización dos millones de liras (equivalentes hoy a un millón de dólares), para que el Papa las dedicase a “obras de beneficencia” y expresaba “además gratitud hacia el augusto Pontífice por la obra realizada a favor de los israelitas perseguidos”. Prosigue Monseñor Montini desvelando en su misiva cómo Pío XII resolvió que “aquella suma fuese transferida exclusivamente a personas necesitadas de stirpe judía”.

El gran rabino de Jerusalén, Isaac Herzog, envió al Pío XII una bendición especial “por sus esfuerzos para salvar vidas judías durante la ocupación nazi de Italia”.

El 21 de setiembre del mismo año, Pío XII recibió en audiencia al Secretario General del Congreso Judío Internacional, que acudió para presentar “al Santo Padre, en nombre de la Unión de las Comunidades Judías, su más viva gratitud por los esfuerzos de la Iglesia Católica a favor de la población judía en toda Europa durante la guerra” (L’Oss Rom.23 IX 1945).

También Albert Einstein expresó su reconocimiento a la Santa Sede. En una entrevista aparecida en el *Time Magazine* afirmó: “Siendo un amante de la libertad, cuando llegó la revolución a Alemania miré con confianza a las universidades sabiendo que siempre se había vanagloriado de su devoción por la causa de la verdad. Pero las universidades fueron acalladas. Entonces miré a los grandes editores de los periódicos que en ardientes editoriales proclamaban su amor por la libertad. Pero también ellos, como las universidades, fueron reducidos al silencio, ahogados a la vuelta de pocas semanas. “Sólo la Iglesia permaneció de pie y firme para hacer frente a las campañas de Hitler para suprimir la verdad.

Antes no había sentido ningún interés personal en la Iglesia, pero ahora siento por ella un gran afecto y admiración, porque sólo la Iglesia ha tenido la valentía y la obstinación de sostener la verdad intelectual y la libertad moral.

Debo confesar que lo que antes despreciaba ahora lo alabo incondicionalmente”

Acabada la guerra, los judíos quisieron manifestar públicamente al Papa su reconocimiento, y solicitaron “el sumo honor de poder agradecer personalmente al Santo Padre su generosidad hacia ellos”

Israel Zolli, gran rabino de Roma, quien como nadie pudo apreciar los esfuerzos caritativos del Papa por los judíos, al terminar la guerra se hizo católico y tomó en el Bautismo el nombre de pila del Papa Eugenio, en señal de gratitud, y escribió un libro sobre su conversión ofreciendo numerosos testimonios sobre la actuación de Pío XII.

En 1958, al morir el Papa Pío XII, Golda Meier (Ministro de Asuntos Exteriores de Israel) envió un elocuente mensaje: “Compartimos el dolor de la humanidad (.....) Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del Papa se elevó a favor de las víctimas. La vida de nuestro tiempo se enriqueció con una voz que habló claramente sobre

las grandes verdades morales por encima del cúmulo del conflicto diario. Lloramos la muerte de un gran servidor de la paz”. Recordemos que la Santa Sede no había aún reconocido el nuevo Estado de Israel.

Deseo terminar esta charla con un rico e importante testimonio del Papa Pablo VI. El 29 de junio de 1963, poco antes de ser elegido Papa, el arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, envió una carta al director de The Tablet de Londres, en la que defendió a Pío XII de las injustas acusaciones de Hochhuth.

Montini escribió: “Me parece un deber contribuir al claro y honesto juicio de la realidad histórica, tan deformada por la pseudo realidad, propia del drama, haciendo notar que la figura de Pío XII que aparece en las escenas del *Stellvertreter* (El Vicario) no muestra exactamente, es más, traiciona su verdadero aspecto moral. Puedo decir esto porque he tenido la suerte de estar cerca de él y de servirle cada día durante su pontificado, comenzando desde 1937, cuando era todavía secretario de Estado, hasta 1954, por lo tanto, durante todo el período de la guerra mundial. La figura de Pío XII dada por Hochhuth es falsa. No es verdad que él fuera miedoso...Bajo un aspecto débil y gentil, bajo un lenguaje siempre elegante y moderado, escondía un temple noble y viril, capaz de asumir posiciones de gran fortaleza y riesgo. No es verdad que él fuera insensible o aislado. Era, por el contrario, de ánimo fino sensible....Tampoco responde a la verdad sostener que Pío XII se guiara por cálculos oportunistas de política temporal. Como sería una calumnia atribuir a su pontificado cualquier móvil de utilidad económica. Que Pío XII no haya asumido una posición de conflicto violento contra Hitler, para evitar a millones de judíos la matanza nazi, no es difícil de comprender a quien no cometa el error de Hochhuth de juzgar la posibilidad de una acción eficaz y responsable durante aquel tremendo período de guerra y de prepotencia nazi, del mismo modo que se hubiera hecho en circunstancias normales, o en las gratuitas e hipotéticas condiciones inventadas por la fantasía de un joven comediógrafo. Si como hipótesis, Pío XII hubiera hecho lo que Hochhuth le echa en cara habría habido tales represalias y tal ruina que, terminada la guerra, el mismo Hochhuth podría haber escrito otro drama, mucho más realista e interesante que *Stellvertreter*, puesto que por exhibicionismo político o por falta de clarividencia psicológica, habría tenido la culpa de haber desencadenado sobre el mundo, ya tan atormentado, una ruina y un daño más vastos, no tanto propio sino sobre innumerables víctimas inocentes. No se juega con estos temas y con los personajes históricos que conocemos con la fantasía creadora de artista de teatro, no bastante dotado de discernimiento histórico y, Dios no lo quiera, de honestidad humana. Porque de otra manera, en el caso presente, el drama verdadero sería otro: el de aquel que intenta descargar sobre un Papa los horribles crímenes del nazismo alemán”

Es fácil crear una leyenda, pero muy difícil restablecer la verdad. Sin embargo, es nuestro deber.

Muchas veces hemos hablado de la importancia de la memoria y de responsabilidad que tenemos como católicos de mantenerla viva por justicia y para no hacernos cómplices de los que siembran la mentira.

“No me preocupa el grito de los violentos, de los corruptos, de los deshonestos, de los sin ética.

Lo que más me preocupa es el silencio de los buenos”.

Martin Luter King

FUENTE:

Pío XII

“Discurso al Colegio Cardenalicio
con motivo de la fiesta de
San Eugenio” 20 de junio de 1945

BIBLIOGRAFÍA

- Pierre Blet sj “Pío XII e la Seconda Guerra Mondiale negli Archivi Vaticani” Ed. San Pablo 1999
- Antonio Gaspari “Los judíos, Pío XII y la leyenda Negra” Ed. Planeta. 1999
- P. Antonio Rivero “Historia de la Iglesia Apéndice Siglo XX Edad Contemporánea”

ARTÍCULOS.

- Peter Gumpel sj “El Papa de Hitler, un linchamiento contra Pío XII” Roma 6 de octubre 1999 (Zenit)
- P. Pirre Blet sj “La leyenda ante la prueba de los archivos” L’Osservatore Romano nº 15,10,IV, 1998

Mons. Roberto Juan González Raeta

G. in D